

LA ANDALUCÍA DE BLASCO GARZÓN

Por FRANCISCO MORALES PADRÓN

Más que el tema, donde no vamos a encontrar nada nuevo, lo que nos interesa es el personaje, su rehabilitación, hoy borrado de la memoria de una ciudad donde lo fue todo. Nada nuevo hallaremos en la visión que Blasco Garzón tuvo de Andalucía, pero sí que puede resultar nuevo para más de uno su perfil biográfico ¿Quién fue Manuel Blasco Garzón?

El drama de la Guerra Civil y sus precedentes ha tenido como secuela histórica que algunos de sus protagonistas importantes se hayan desvanecido con el transcurrir del tiempo. El interés por los actores de aquel pretérito ha recaído más en quienes por contar con una descendencia ideológica, o por la trascendencia de su papel, o por el valor de la obra escrita que nos han legado, aparecen en primer plano acaparando todos los focos. No es este el caso de Blasco Garzón.

Rescatar de las sombras a uno de esos seres olvidados, reivindicarlo, darlo a conocer, situarlo en el lugar que le corresponde es lo que ha determinado nuestra investigación sobre el personaje cuyos frutos se han traducido ya en un título.¹

Repetimos la pregunta: ¿Quién fue Blasco Garzón en la Sevilla de la primera mitad del siglo XX?. Lo fue todo. En el mundo socio-cultural este jurista de fácil y florida oratoria ostentó las presidencias del Ateneo, del Aero Club, de la Federación Andaluza de Fútbol y la Dirección de la Real Academia Sevillana de

Buenas Letras. En el ámbito de la política actuó al lado de Martínez Barrio, siendo Concejal y Teniente Alcalde del Ayuntamiento hispalense, y Diputado y Ministro en dos ocasiones. Los sucesos del 18 de julio de 1936 quebraron su ascenso y le condenaron al exilio en Buenos Aires donde ejerció de Cónsul General de España y murió en 1954.

En la primera mitad del año 36 Blasco vivió los días más eufóricos de su existencia. En febrero fue nombrado Ministro de Comunicaciones; en abril la Academia de Buenas Letras lo reeligió como Director y a los pocos días acompañó a Martínez Barrio Presidente provisional de la República y a Luis Company, Presidente de la Generalidad catalana, en un viaje a Sevilla; en mayo se le designó Ministro de Justicia y viajó a Sevilla por última vez en su vida para actuar en un homenaje a Bécquer invitado por el Ateneo; en junio el mismo Ateneo lo nombró Socio de Mérito...

La segunda parte del año será el reverso de la moneda, pues en septiembre cesa como Ministro y el Colegio de Abogados aprueba su expulsión; en octubre Buenas Letras declara vacante su plaza y el Ateneo acuerda su expulsión; y en noviembre marcha al exilio. Iba rodeado de un numeroso grupo familiar integrado por esposa (no tuvo hijos), cuñadas, sobrinos y hermanas y portando credenciales signadas por don Manuel Azaña, nombrándole Cónsul General de España en Buenos Aires. Blasco y los suyos subsistieron con este apoyo, al que habrá que añadir su ejercicio profesional en calidad de abogado, colaboraciones con editoriales y periódicos, conferencias, etc. Lo literario no le fue nunca ajeno y de esa afición dejó testimonios en artículos publicados en el Boletín de nuestra Academia y en dos monografías dadas a conocer en Buenos Aires. De una de ellas, que tituló *Evocaciones Andaluzas*, nos ocupamos seguidamente como fuente básica para señalar la imagen que tuvo y difundió de su tierra puesto en las circunstancias de vivir fuera de ella².

Divagaciones llama a sus referencias y reflexiones en torno a cada provincia andaluza, a las cuales incorpora Jerez como una capital más, sin duda por su significado socio-político, al igual que resalta a Río Tinto por similares razones. Estas divagaciones, promete, serán gráciles, intrascendentes, y aladas. La nostalgia, sigue anunciando, no estará ausente por lo que expresará con de-

voción y con reverencia sus opiniones referidas a Andalucía, ya que ellas serán, pese a la aparente intranscendencia de su contenido, la oración que sentimentalmente dedica a la patria ausente y cada vez mas viva en su amor y en su recuerdo. La añoranza es una constante en él. Cuando habla de Málaga trae a colación un ensayo que escribió y publicó sobre Salvador Rueda y revela que ello tiene para él recuerdos especiales marcados con el sabor de la injusticia.

¿Que pretende con estas *Evocaciones*? No busca otro fin que despertar en los españoles el amor a la patria lejana, rendir culto a los valores de su tierra, airear los recuerdos y, quizá, asegurar la subsistencia familiar. El libro se terminó de imprimir en septiembre de 1941, apenas concluida la conflagración española, que para Blasco debió de significar el final de la representación consular y de unos ingresos básicos.

Con relación a Andalucía, Blasco pretendía ofrecer el ambiente de la región, con algun matiz nuevo, con alguna idea amorosamente recogida tiempo ha en su imaginación, con el fin de que se comprendiese mejor la especial sicología del pueblo andaluz, tan ardua, tan compleja y tan sutil que no puede encerrarse en una definición específica, ni llevarse a los moldes de un teorema estricto, porque excede de tales límites estrechos, reducidos y minúsculos. Y si no lo logra, asegura, será el mejor pago a la emoción con que su palabra lejana y ausente de la patria contribuya a su exaltación y a su recuerdo.

Dos son las Andalucías en la visión de Blasco: la atlántica y la mediterránea, siendo la primera la que desarrolla toda su historia y toda su vida alrededor de la cuenca del Guadalquivir: Jaén, Córdoba, Sevilla, Cadiz y Huelva. Esa Andalucía tiene como viejo símbolo característico el toro bravo y el olivo. Cada región española posee un árbol peculiar; cada árbol ostenta una valoración simbólica significativa: la encina en Extremadura, el naranjo en Valencia, el chopo en Castilla, el roble en Vasconia, y en Andalucía el olivo, un árbol dotado de vida casi humana si consideramos que su proceso de crecimiento y producción culmina a los 30 años. Y al lado del olivo, símbolo de una tierra y parte del logotipo de nuestra Academia, el toro, efigie de la fuerza creadora y protagonista con el torero de un arte que según Blasco en An-

andalucía se expresa de dos maneras: a través del sereno y severo arte cordobés, o mediante el alegre y adornado arte sevillano.

Una nota general del andaluz es su amor a lo diminuto. El lenguaje del pueblo pone los vocablos en diminutivo. Nada tan incitante para la confianza y el amor.

Blasco es de los que cree que ser andaluz es una fortuna, un don del cielo, una gracia particular mas o menos merecida.

Inicia Blasco su itinerario en Sevilla, "ciudad inconfundible". Igoramos cuando, cómo y porqué visitó al resto de las ciudades de la Bética, si es que llegó a conocer su totalidad. Blasco es un enamorado de su ciudad, algo que no oculta, sin llegar a ser un andaluz andalucista, a los que Machado consideró españoles de segunda y andaluces de tercera. Blasco no cae en la desmesura, pese a su amor, reconociendo que "el sevillano tiene muchas veces un culto local exagerado a sus propias cosas ". Pero aunque no incurra en la exageración si rinde culto a lo que hoy se consideran tópicos o lugares comunes: la gracia sevillana que no es la patosería, Bécquer, Joselito y Belmonte, los Seises, los Hermanos Alvarez Quintero, el Parque de María Luisa, la Semana Santa, la saeta, la Feria, el Arenal, la Plaza de Toros, las Cigarreras... Paradójicamente silencia una de las claves sevillanas: Mañara y la Caridad.

Menos tópico resulta cuando alude a Triana y al Río. El Río es la gran razón de Sevilla. Si Blasco hubiese leído el *Viaje a España* de Hans Christian Andersen habría afirmado al igual que este que Sevilla con mar sería perfecta, la reina de las ciudades. Es una suposición nuestra.

Ciudad de paradojas - Sevilla -, en ella se unen y acoplan lo aristocrático y lo popular. Precisamente Triana es la síntesis, el compendio, la teoría del sentido de lo popular en la vida hispalense. El barrio de Triana es lo popular, expresado en el arte de los ceramistas pintores, en Santa Ana, en el Cachorro, en el cante, en el toreo, en los marineros, obreros portuarios y cigarreras...un mundo en parte hoy desaparecido y al que no se le puede asignar el mismo significado que le asignó Blasco Garzón. Pero hemos de situarnos en su época y en sus circunstancias. La evocación de estos fenómenos o vivencias de su vida sevillana las hace constar con amargura y cuando describe el Parque de María Luisa dice

que son “el dardo agudo de recuerdos, que le traerá el dolor de la ausencia”.

El itinerario seguido por Blasco Garzón le lleva, ya fuera de Sevilla, a Huelva, que nuestro amigo limita a la Rábida, la Sierra y Río Tinto. Huelva es mar y serranía, con dos tipos de onubenses, los marítimos y los serranos, distintos en hábitos, caracteres y costumbres. De La Rábida, Cátedra de Geografía Universal, parten los misteriosos caminos hacia las Indias y el Nuevo Mundo. La Sierra, honda, rumorosa y bella, cuna de entrañables amigos, la evoca en la letanía recordatoria de sus bellos nombres: Aracena, Galarosa, Paymogos, Cumbres Mayores, Cortegana, Alajar, Alosno, Santa Olalla, Zufre, Fuenteherido... Como algo excepcional, aparte del mundo, marinero y serrano, se alza la cuenca minera de Río Tinto, de paisaje austero y doloroso, y escenario de explotaciones inmorales que se prestan a amargas reflexiones. El político sensible a las injusticias sociales, suplanta al mero viajero entretenido en describir el paisaje sin penetrar en sus problemáticas entrañas.

Nos sorprende que Blasco, a semejanza de lo que hará en Jerez, no traiga a colación la novela *El metal de los muertos*, publicada por Concha Espina en 1920, y en la cual la autora se hace eco de una huelga y, sin sombra de demagogia, aluda al nacionalismo español opuesto al poder extranjero, así como a las reivindicaciones sindicales y a la vida miserable de los mineros en contraposición a la de los jefes habitantes de Vista Hermosa. Mucho recuerda esto a los textos de las novelas sobre la mina producidas en países suramericanos.

La “salada claridad” gaditana lleva a Manuel Blasco hasta la bella bahía de la vieja ciudad cuya interpretación hará a través de dos destacadas figuras de la política y de la oratoria: Segismundo Moret y Emilio Castelar. Para Blasco la vida política e intelectual de Moret coincide en buena parte con la especial psicología del gaditano. Su “inteligencia fina y clara era muy superior a la voluntad quebradiza y frágil. Por sobre toda su caudalosa cultura política y social, asomaba una frondosa inclinación literaria, un sentido romántico, lleno de elegante lirismo y de una apreciación de las cosas, que tenía cierta deleitosa contemplación de las formas”.

Por su parte Castelar, otra clave de Cádiz, era un gran patriótico “ pero su estatua (en Cadiz, se entiende) es un auténtico adefesio carente de arte, de gracia y de originalidad, a la que le sobra todo el prosaismo, la gravedad aparatosa y la solemnidad ridícula de la mayor parte de las figuras colocadas en los paseos públicos”. Gran orador, Castelar, Blasco juzga su oratoria positivamente. Castelar es la palabra llevada a la cumbre de la exaltación lírica, el genio poderoso que resalta sus ideas con el ornamento frondoso de una retórica señera en todas sus manifestaciones. Por ello el ilustre político, en la opinión de Blasco, requiere un monumento estilizado dotado de “ la agilidad de su oratoria inconfundible, o un monumento solemne, breve, conciso, que diese la impresión augusta del habla castellana, que en sus labios era idea y forma, pensamiento y ritmo “.

Pero en donde está el verdadero perfil de Cádiz es en las Cortes de 1810 y en la consiguiente Constitución con repercusiones en el proceso independentista hispanoamericano.

Si la elocuencia de dos gaditanos ha sugestionado a Blasco Garzón, famoso igualmente por su excelente condición de tribuno, son los problemas socio-económicos, como en Río Tinto, los que lo llevan a Jerez. Aquí si que Blasco aconseja la lectura de una novela, *La bodega* de Vicente Blasco Ibañez. Novela que no carece de fantasías, pero que evidencia un fuerte conocimiento del medio, bien por directa observación del novelista o por acertada elección de las fuentes testimoniales. *La bodega* “con relativa exactitud, da la tónica del ambiente jerezano, en que se mueven y agitan diversas fuerzas de la vida española, sin que hayan encontrado nunca una fórmula completa, de inspiración, que las enlace y concierte en un común destino y en una esperanza fundada en mejores días” ¿ Por qué esta dificultad de fusión y de equilibrio, en un lugar de la tierra hispánica, que muestra en su suelo, el signo de una felicidad bienhechora ? Jerez ha sido el teatro mas seguro de las agitaciones campesinas (*La mano negra*). La vida jerezana es símbolo de los dolores y miserias y desesperanzas del campesinado. Otra novela, de José Mas, hijo de aquel Benito Mas y Prat autor de *La tierra de María Santísima*, brinda la naturaleza del fenómeno en sólo su título: *El rebaño hambriento en la tierra feraz*. El drama social de Jerez es gemelo del de Écija, cuna de

Benito Mas y Prat, y del de Lebrija que inspiró el artículo *La Andalucía trágica*, de Azorín, publicado el mismo año (1905) que *La bodega*.

Blasco para referirse al drama social de Jerez y Écija recurrir a las informaciones literarias de Blasco Ibañez y José Mas, y a las noticias de Juan Diez del Moral, autor de la *Historia de las agitaciones campesinas de Andalucía*. De estas lecturas se deduce que Jerez, colorista y pintoresco en sus vinos, sus mujeres, sus colmados y sus caballos es algo más que eso pues por bajo su rostro fácil y brillante late el dolor e impera la política caciquil.

De Jerez la ruta seguida por Blasco se encamina a Córdoba, a la que considera con Jaén otra zona espiritual de Andalucía con caracteres propios, específicos y singulares, de naturaleza inconfundible en el tiempo pasado y aún en el tiempo presente. De tal espacio geográfico Córdoba es su representación más simbólica.

La primera impresión que experimenta el forastero al entrar en la ciudad es la de que esta, más que una ciudad en el concepto moderno del Derecho Público y del Derecho Administrativo, es casi un gran caserío de una dilatada extensión agrícola. Hasta en el carácter de los habitantes existe una marcada diferencia con los demás andaluces pertenecientes a las vecinas provincias de Sevilla, Cádiz y Huelva. El cordobés es reconcentrado y seco. Su habla es un habla abierta, que apoya las últimas expresiones de las frases con un sentido que parece recalcar las vocales, abandonando las consonantes finales de las palabras. Hospitalario y generoso, como todo andaluz, sin embargo no es afectuoso en la expresión externa, ni gusta del tumulto expresivo en que las frases ponen seguramente más calor en el ofrecimiento, que la propia convicción interior. Una antología de nombres, que Blasco cita, representan la espiritualidad cordobesa, cuya nota fundamental es lo que se ha dado en llamar senequismo cordobés.

Cualquier español al que se le mencione a Jaén, de inmediato evoca a) La cena de Baltasar de Alcázar (“En Jaén donde reside..”); b) Los versos patrióticos de Bernardo de Leon García, y c) La Santa Faz con el rostro de Cristo. Pero no se trata de recordar a don Lope de Sosa, ni la gesta popular del 2 de mayo...pues Jaén posee un valor más considerable, más profundo, más lleno

de rotunda sugestión. En Jaén tiene su nacimiento el Guadalquivir, elemento aglutinador de una extraordinaria cultura; y en Jaén se sitúan decisivas batallas como las Navas y Bailen. Todo lo cual prueba el valor que en lo histórico tiene Jaén por cuanto en su suelo se dirimió el futuro de España.

Para captar lo distintivo de Málaga lo mejor consiste en recurrir a sus escritores y poetas, a Salvador Rueda, a Emilio Prados o a Moreno Vila. La esencia malagueña es sonora, luminosa, arrebatadora, barroca, mediterránea... La luz aquí es fina y fuerte a la vez. Buscar el sentido de una ciudad por medio de la poesía parece tarea intrascendente y poco digna de meditación. Sin embargo, quizá no haya fuente mas segura para situar el color de un pueblo, el color físico y el color moral, que andar alrededor de las obras de sus poetas y de sus líricos mas exactos. Y como es natural en Blasco Garzón lo popular es un continuo ritornelo, y en el caso de Málaga no podían faltar los barrios populares, representados por el Perchel, ya que ellos constituyen la franca exhibición del alma de un pueblo.

Finalmente Granada y Almería. Granada es ante todo la Alhambra como expresión de una civilización, de una época y de una cultura. Al igual que acaba de hacer con Málaga, Blasco maneja otros autores para apoyar su interpretación y para llevar al lector un conocimiento de la ciudad, en este caso, cuatro escritores de distinta nacionalidad: Maurice Barrés, Helicock Ellis, Washington Irving y García Lorca.

Para Washington Irving Granada es simplemente la Alhambra, donde ha vivido compenetrándose con quienes entonces habitaban parte del edificio. Barrés no ha tenido esa experiencia, la suya es la visión rápida del que llega pertrechado de literatura y con ideas preconcebidas. Ellis peca igualmente de afirmaciones aventuradas, concluyendo y quedándose Blasco Garzón con García Lorca, autor de una interpretación auténtica y para quien la genuina estética granadina es la del diminutivo, la estética de las cosas pequeñas. Granada ama lo diminuto. Los mas genuinos representantes del arte granadino son preciosistas. Las creaciones justas de Granada son el camarín, el mirador, el jardín pequeño y la estatua chica. La Alhambra es un pequeño palacio, eje estético de la ciudad. Blasco hace suyas las ideas y tesis de Lorca con

relación a Granada, ciudad de ocio y tranquilidad; ciudad para la contemplación y la fantasía; ciudad de horas largas y sabrosas; ciudad de crepúsculos con luces inéditas que parecen no acabar nunca; ciudad con habitantes sin prisa, de pocos amigos; ciudad apta para el sueño y el ensueño.

Sólo nos queda Almería, la región de la sequía, de fisonomía esteparia, sin arbolado. Almería es un mirador de Andalucía al Mediterráneo. El andaluz de la vertiente atlántica no conoce a Almería, ni a la capital ni a ninguno de los pueblos de la provincia. Apenas se tiene con Almería un sentido de comunicación denso y trabajado. Málaga y Granada cuentan con su salida al mar, mientras, Almería queda cual retazo del territorio andaluz aislada y preterida sin comunicaciones con el centro peninsular o con el resto de Andalucía. La provincia duerme una penuria y una prolongada siesta que hace difícil su existencia pese a su magnífico puerto, debido a su escasa economía, limitada industria y corto tráfico con el Norte africano. Queda su clima y su hondo sentido de españolidad

Las evocaciones de Blasco, en forma de libro, vieron la luz en 1941. Dijérase que concluida la guerra española, y cesado Blasco como Cónsul General de España, nuevos retos se interponían en su diario vivir. Algo de ello se aprecia en el puñado de cartas que Blasco dirigió a su amigo Diego Martínez Barrio radicado, primero, en México y luego en París. En enero de 1943 Blasco Garzón le confesaba a su correligionario que vivía con grandes sacrificios y que el matrimonio de su “niña” (sobrina) le ha dejado como el cura del Pilar de la Horadada, que como todo lo da, no tiene nada. El desarrollo y posible desenlace de la II Guerra Mundial alimentó las esperanzas de los exiliados. Así lo expone en febrero del mismo año 43 Blasco, interesado en el retorno de sus hermanas, aunque dejar a la “niña” (sobrina) constituye un gran dolor.

Por el momento tenemos un vacío en la biografía blasquista por lo que a esa década del 40 se refiere. Falta la correspondencia con Martínez Barrios, que se reanuda a finales de 1952. Blasco Garzón, son palabras suyas, sigue “siempre en la misma línea...sirviendo con lealtad a nuestra causa en una forma eficaz “. A pesar de sus “dolores y achaques no abandona ni un momento

el cuidado de su única pasión: la libertad de España, en un ambiente democrático". Su salud es declinante, aunque "no le falta todavía el motor intelectual".

Los primeros amagos de la enfermedad le han hecho mella. Hace tres años, comunicó en enero del 53, salvó el pellejo del gravísimo daño de un ataque fatal. Está siguiendo el curso normal de su dolencia; ha logrado conservar la cabeza, aunque ha perdido movilidad. Es, - vuelve al humor pese a todo - es lo que el llama transformación del semoviente racional en cosa inmueble. A pesar de los pesares trabaja, estudia y escribe. Ha tenido que renunciar al bufete, privándose de un positivo ingreso. Colabora en "*España Republicana*" (que dirige) y otras revistas y tiene encargos editoriales como el de Sopena para completar la "*Historia Universal*" de César Cantú. Ha preparado y prologado una edición del Martín Fierro, y ha redactado unas notas para una edición de las Rimas becquerianas. Su tiempo, revela, se llena de dolores inciertos, pero también se colma de preocupaciones diversas. Las políticas son las menores. Su sobrino, Manuel Morón, catedrático en La Laguna, le ha sugerido que regrese, a lo que se niega. No está dispuesto a trocar su dignidad civil por un acogimiento misericordioso. Su amor a Sevilla consiste en amarla y ennoblecerla desde allí. Dado que para él, afirma, la democracia es mas una conducta que una doctrina, ha cerrado todo diálogo sobre un tema, el del regreso, que le repugna.

Sigue en pie, hace saber al mes. Unas veces escribe con mejor letra y otras con peor pulso, pero trabaja para vivir decorosamente. Continúa llevando la dirección de "*España Republicana*", en el que colabora asiduamente, incluso de forma anónima. Reconoce que "vive de esperanzas e ilusiones". Confiesa que la muerte de Trini, su cuñada, afectó a su delicado estado de salud que no en balde acusaba los años, los acontecimientos del pasado y la dureza moral de la separación de todo aquello que amó hondamente. Descarnada y patética confesión del trágico significado que tuvo el exilio para este andaluz-sevillano que destila amargura al decirnos que sus páginas "*no quieren ser otra cosa, que una oración a la patria ausente y en desgracia y un emocionado recuerdo de todo lo que, mas que en los ojos asombrados, vive con veneración solemne, en los rincones sagrados de su espíritu*".

Se ha recluso en su casa, aunque sigue trabajando y ayudando a la causa común. Y así, hasta el momento final. Momento que se avecina. Lo anterior se lo ha escrito a Martínez Barrio en septiembre de 1953, en julio del 54 insiste en la precariedad de su salud. La caligrafía lo delata. Vuelve a insistir en los años o edad, los dolores morales sufridos y las contrariedades de todo tipo como factores que le han socavado y conducido al derrumbe. Sin embargo, sucumbirá orgullosamente, pues cree haber cumplido con su deber en grado proporcional al honor que recibió de la República. Su lección de exiliado es clara y limpia: trabajó para todos, menos para él.

Murió cuatro meses después, el 21 de noviembre de 1954, tras escribir cual lenitivo a sus males físicos y espirituales, un colofón que hacemos nuestro: "*Cuando uno parece ir trazando las últimas páginas, se levantan pujantes en la memoria los recuerdos del ayer. Y tienen, entonces, vivacidad, frescura, emoción cordial de tiempo pasado y recordado deleitosamente por ello*".

NOTAS

1. *Manuel Blasco Garzón un sevillano del exilio*. "Evocaciones Andaluzas" Una interpretación apasionada por Manuel Blasco Garzón. Estudio previo por Francisco Morales Padron. Sevilla, Fundación El Monte, 2000
2. La otra monografía lleva el título de *Gloria y pasión de Antonio Machado*, Buenos Aires, 1943, y merece una reedición.